

Matías Rivas Vergara

La experiencia de escribir

Merleau-Ponty y el valor filosófico de la literatura

Lo natural en nuestra cultura y en el ámbito académico, en general, es concebir a la filosofía y a la literatura como actividades o disciplinas diferentes. Si bien esta intuición es correcta, muchas veces el celoso afán que vela por las identidades propias de cada ámbito del saber lleva a remarcar excesivamente las diferencias y a invisibilizar las similitudes. Limitar los campos de acción de la filosofía y de la literatura no hace otra cosa que contribuir a la parcelación de la vida y a la conservación de un modo de ver la realidad que, desde la época del positivismo y a pesar de una asidua lucha en su contra, aún predomina en la cultura occidental.

A continuación, y con el objetivo de resaltar la unidad fundamental que existe entre filosofía y literatura, expondré la relación entre ambas que es posible interpretar a partir de las obras de Maurice Merleau-Ponty. En este sentido, buscaré mostrar cómo es que la literatura y la filosofía se inscriben en el mismo telón de fondo: la experiencia humana. Para ello, pondré especial énfasis en el acto de la

escritura, rasgo esencial de ambas actividades, ya que, al tratarse de expresiones lingüísticas, no pueden escapar de las redes de la palabra. Por consiguiente, en primer lugar, describiré en términos generales cómo se articulan en Merleau-Ponty la experiencia humana y la palabra.

Según el filósofo francés, la realidad humana es, originariamente, su instalación en el mundo y la percepción de la misma. De esta manera, ni la conciencia ni el mundo pueden concebirse de manera aislada, puesto que conforman una unidad. Pero ¿en qué se fundamenta esta unidad? ¿Dónde radica? La respuesta, según Merleau-Ponty, está en el cuerpo. Este es “el *Nullpunkt* de todas las dimensiones del mundo”¹, pues en él reside la percepción. Al respecto, Merleau-Ponty señala que el cuerpo “está hecho de la misma carne que el mundo”², y que, además, esta carne del cuerpo “es partícipe del mundo”³, pues “él la *refleja*, él la invade y ella lo invade a él”.⁴ Así, prosigue Merleau-Ponty, “mi cuerpo no es sólo un percibido entre los percibidos, es modelo de todos”.⁵

Cuerpo y percepción constituyen así el eje de la experiencia humana. Pero no hay que entender a la percepción como si se tratara de una mera operación del cuerpo, pues, tal como lo señala Merleau-Ponty, “la percepción no es una ciencia del mundo, ni siquiera un acto, una toma de posición deliberada, es el trasfondo sobre el que se destacan todos los actos y que todos los actos presuponen”.⁶ De este modo, la percepción constituye el telón de fondo de la experiencia humana, es el horizonte del cuerpo, depende de él y a su vez lo alberga.

¹ Merleau-Ponty, M. (2010), p. 219.

² *Ídem*.

³ *Ídem*.

⁴ *Ídem*.

⁵ *Ídem*.

⁶ Merleau-Ponty, M. (1993), p. 10.

Teniendo en cuenta lo anterior, y dado que Merleau-Ponty se sitúa en las antípodas de una separación entre la conciencia y el cuerpo, el pensamiento mismo es también percepción, y esta, a su vez, pensamiento. Es pues a partir de esta necesaria interrelación desde donde hay que comprender al lenguaje.

Precisemos ahora de qué manera entiende el lenguaje Merleau-Ponty. Para el filósofo francés, el lenguaje es expresión corporal. ¿Qué significa esto? Quiere decir que el lenguaje es, al igual que los gestos del cuerpo, portavoz de la percepción, de la instalación del ser humano en el mundo. Y es precisamente el mundo, en la medida en que es el mundo sensible y de la percepción, o, en otras palabras, el mundo de la vida, el que es vehiculado por el cuerpo y por el lenguaje. Así entonces, cuerpo, percepción, mundo y lenguaje son nociones que evocan la génesis del sentido. La palabra no es un mero signo o una imagen verbal, sino que es un gesto, un signo encarnado cuya potencialidad, al igual que el cuerpo, es el de ser expresión de sí misma. El lenguaje, entonces, restituye la expresión de la experiencia corporal originaria, realiza un constante reenvío al origen del sentido. En palabras de Merleau-Ponty: “la palabra y el pensamiento [...] están envueltos el uno dentro del otro, el sentido está preso en la palabra y ésta es la existencia exterior del sentido”.⁷

La interrogante que surge ahora es la siguiente: ¿es siempre creador el lenguaje? Para responder esta pregunta recurriremos a los dos tipos de lenguaje que distingue Merleau-Ponty: el lenguaje hablado y el lenguaje hablante. El primero de ellos corresponde al “lenguaje adquirido, de que disponemos, y

que desaparece ante el sentido en cuyo portador se ha convertido”⁸, mientras que el segundo es “el lenguaje que se hace en el momento de la expresión, y que va justamente a hacerme deslizar desde los signos al sentido”.⁹ Lo anterior significa que existe un lenguaje en uso, del cual nos servimos como medio de comunicación y cuya significación es siempre unívoca, y un lenguaje que es capaz de instaurar nuevos usos, es decir una expresión propiamente creadora. Sin embargo, tanto el lenguaje hablado como el lenguaje hablante comparten el mismo sistema de signos, lo que conocemos como «lengua», pues “el hombre, tanto como el literato, sólo puede presentarse al mundo y a los demás gracias al lenguaje”.¹⁰

¿Qué es entonces lo que diferencia de modo fundamental al lenguaje hablante del lenguaje hablado? Si analizamos más profundamente la distinción hecha por Merleau-Ponty, hay que decir que la respuesta a la pregunta formulada radica en que el lenguaje hablado consiste en la mera reproducción de los significados establecidos convencionalmente, es decir, no hay en él una reflexión de la experiencia, mientras que, al contrario, el lenguaje hablante parte de un cuestionamiento original a la experiencia que le permite transformar el lenguaje convencional. Es precisamente debido a esto por lo que la literatura cobra importancia en el pensamiento de Merleau-Ponty, pues es en el uso literario del lenguaje donde la palabra es siempre creadora y fundadora de sentido.

Ahora es necesario comprender entonces cómo opera el uso literario del lenguaje y por qué en la experiencia de escribir se revela el valor filosófico de la literatura. Pero, ¿qué es

⁷ *Ibid.*, pp. 198-199.

⁸ “La ciencia y la experiencia de la expresión”, en Merleau-Ponty, M. (1971), p. 35.

⁹ *Ídem.*

¹⁰ “El uso literario del lenguaje”, en Merleau-Ponty, M. (1969), p. 25.

escribir? En cierto modo, podemos definir la escritura como expresión de una experiencia del mundo, en otras palabras, la escritura es expresión porque es lenguaje y porque el lenguaje es expresión corporal. Pero no se trata de cualquier expresión, sino de “la función central que construye una vida como una obra y que transforma en motivos de vida hasta nuestras dificultades de ser”.¹¹ Así pues, la experiencia de escribir va ligada necesariamente a la experiencia de la existencia humana. Es, por decirlo de una manera, expresión de la vida misma.

Dicha experiencia es un saber originario y precategórico, una mudez absoluta, un gesto puro que se da en la inmanencia de la experiencia corporal de la percepción. Así lo expresa Merleau-Ponty al referirse al conocimiento del escritor:

¿Qué es lo que sabe el escritor? Lo único que sabe es que el que habla o escribe comienza por estar mudo, apuntando hacia lo que quiere significar, hacia lo que va a decir, y que de súbito el flujo de las palabras viene en ayuda de este silencio, y ofrece de él un equivalente tan exacto, tan capaz de devolverle al propio escritor su pensamiento una vez que lo haya olvidado, que hay que creer que ya estaba hablando en el revés del mundo”.¹²

El lenguaje del escritor, la experiencia de escritura como tal, se erige entonces como gesto del pensamiento, o, si se prefiere otra fórmula, como pensamiento hecho gesto. La expresión del escritor, por lo tanto, y en la medida en que es lenguaje, «dice» algo. Pero este decir de la palabra ha de considerarse necesariamente “sobre el fondo de silencio que

la precede, que no cesa nunca de acompañarla, y sin el cual no diría nada”.¹³ De esta manera, Merleau-Ponty nos llama a “ser sensibles ante todo a esos hilos de silencio de los que el tejido de la palabra se halla entreverado”¹⁴, pues, “como el tejedor —escribe el filósofo francés— el escritor trabaja por el revés: sólo tiene que ver con el lenguaje, y así es como de repente se encuentra rodeado de sentido”.¹⁵

Fundada entonces en la génesis de la expresión, en el pliegue donde se unen lo visible y lo invisible, la experiencia de escribir permite al escritor entregar, en palabras de Merleau-Ponty, “un cierto sabor muy preciso de la vida”.¹⁶ Para ello, el escritor se vale de “las palabras, las formas, los giros, la sintaxis, y aun los géneros literarios, maneras de narrar que se hallan, por el uso, investidas ya de una significación común y a disposición de todos”.¹⁷ De esta manera, escogiendo y manejando estos instrumentos, el escritor logrará inducir en el lector la vida que lo habita a cada instante, desplegada en un mundo imaginario y en el cuerpo transparente del lenguaje.¹⁸

Sin embargo, surge aquí un nuevo problema: el de la comunicación intersubjetiva entre el escritor y el lector, lo cual nos lleva de la experiencia de escritura a la experiencia de lectura. ¿Cómo es posible que la experiencia de la escritura revele el trasfondo de la experiencia originaria del escritor? La condición de posibilidad, como puede intuirse, está dada por el lenguaje. En la medida en que tanto el escritor como el lector, que es lo mismo que decir tanto un «yo» como un

¹¹ *Ídem.*

¹² “El fantasma de un lenguaje puro”, en Merleau-Ponty, M. (1971), p. 29.

¹³ “La ciencia y la experiencia de la expresión”, en *Ibíd.*, p. 80.

¹⁴ *Ídem.*

¹⁵ “El lenguaje indirecto y las voces del silencio”, en Merleau-Ponty, M. (1964), p. 55.

¹⁶ “El lenguaje indirecto”, en Merleau-Ponty, M. (1971), p. 84.

¹⁷ *Ídem.*

¹⁸ *Cf. Ídem.*

«otro», comparten el uso de una lengua, comparten también una gama de significaciones y de posibilidades de sentido que se hallan potencialmente dispuestas a salir a la luz. A este respecto, resulta aclarador el siguiente fragmento escrito por Merleau-Ponty:

[...] el libro no me interesaría tanto si no me hablase de lo que yo sé. Se ha servido de todo lo que yo aportaba para empujarme más allá. A favor de esos signos en los que el autor y yo hemos convenido, porque hablamos la misma lengua, me ha hecho creer que nos hallábamos en el terreno común de las significaciones adquiridas y disponibles. Se ha instalado en mi mundo. Y luego, insensiblemente, ha desviado los signos de su sentido ordinario, y helos aquí arrebatándome como un torbellino hacia ese otro sentido que voy a encontrar.¹⁹

Vemos así que el sentido de lo dicho por el escritor adviene al lector luego de una transfiguración del lenguaje cotidiano que produce una significación nueva, la cual, sin embargo, se encuentra de antemano en el mismo sistema de signos. Es pues la disposición que el escritor hace de los signos, la manera en que los hace propios y partícipes de su experiencia del mundo, la que de algún modo define el uso literario del lenguaje y su capacidad expresiva, su capacidad para hacer un reenvío hacia la génesis del sentido.

La experiencia de escribir se muestra entonces como una actividad permanente, como un diálogo incesante entre el escritor y su propia experiencia, entre él y su lenguaje y entre su experiencia del lenguaje y la experiencia corporal y lingüística del lector. Tal como lo manifiesta Merleau-Ponty en su interpretación de Montaigne: “El conocimiento de sí mismo en Montaigne es diálogo consigo

mismo, es una interrogación dirigida a este ser opaco que es él y del que espera respuesta, es como un ‘ensayo’ o una ‘experiencia’ de sí mismo”.²⁰ Escribir es ensayarse a sí mismo, es experimentar la experiencia de existir. En definitiva, la experiencia de escribir se revela como el espacio en que el sentido se funda desde la inmanencia misma, desde la génesis de la expresión. Por esto es que puede hablarse de la experiencia de escribir como de una experiencia de la experiencia.

A partir de lo anterior, no es difícil establecer que la literatura constituye un conocimiento de la realidad humana que es absolutamente concreto y verdadero. Es más, a diferencia de lo que Merleau-Ponty llama “el pensamiento crítico”²¹, es decir, la filosofía, el lenguaje del escritor no intenta torcer ni poseer lo verdadero, simplemente lo muestra tal como es, como si no lo tocara. Así pues, según lo expresa el propio Merleau-Ponty, “el lenguaje del crítico, y sobre todo del filósofo, tiene justamente la ambición de convertir en una verdadera posesión el asidero resbaladizo que sobre la experiencia nos ofrece la literatura”.²²

La literatura, a diferencia de la filosofía, no intenta ofrecernos la experiencia desglosada, al contrario, nos la entrega tal cual es en su concreción y ambigüedad. Es por esto que puede decirse de la literatura que nunca es un conocimiento total, pues no nos entrega más que significaciones abiertas.²³ Por esta razón, “el conocimiento producido por la literatura seguirá siendo básicamente circunstancial y perspectivo”.²⁴ Pero ello no le resta valor, al contrario, “la literatura se convierte en una

¹⁹ “La ciencia y la experiencia de la expresión”, en Merleau-Ponty, M. (1971), p. 36.

²⁰ “Lectura de Montaigne”, en Merleau-Ponty, M. (1964), p. 248.

²¹ “El lenguaje indirecto”, en Merleau-Ponty, M. (1971), p. 140.

²² *Ibid.*, p. 141.

²³ *Cf. Ibid.*, pp. 165-166.

²⁴ Benedetta Zacarello, “Pour une littérature(-)pensée”, en Merleau-Ponty, M. (2013), p. 23.

especie de filosofía en primera persona, donde el escritor siempre está llamado a explicar a través del lenguaje la relación que existe entre él y lo que dice”.²⁵

A partir de lo dicho hasta aquí, puede apreciarse que la literatura nos sitúa plenamente en el ámbito de la percepción, algo que puede constituir quizás la mayor lección para la filosofía, sobre todo para aquella que se pretende fenomenológica y desea llegar a las cosas mismas. “Si filosofar es descubrir el sentido primero del ser –escribe Merleau-Ponty–, no se filosofa entonces abandonando la situación humana: es preciso, por el contrario, sumergirse en ella. El saber absoluto del filósofo es la percepción”.²⁶ Así entonces, el valor filosófico de la literatura se descubre en las lecciones que esta entrega a la filosofía a través del uso literario del lenguaje, el cual, al ser expresión del *quiasmo*, expresa, como ya hemos anticipado, la génesis misma del sentido, y, por lo tanto, de la expresión misma.

Lo anterior nos lleva a una reconsideración del gesto. Entendido como expresión del sentido inmanente a la experiencia vital humana, el lenguaje, sea en la literatura o en la filosofía, opera como un gesto que muestra el mundo. Es así como Merleau-Ponty señala que “la expresión filosófica asume las mismas ambigüedades que la expresión literaria, puesto que el mundo está hecho de tal modo que no puede ser expresado más que a través de ‘historias’ y mostrado como con el dedo”.²⁷ Este carácter indiciario del lenguaje, que une en su afán a la literatura y a la filosofía, hace que nos cuestionemos el modo en que la filosofía se ha llevado a cabo, y es aquí donde radica el *quid* de lo que hemos querido expresar, pues si la

filosofía quiere comprender la vida y la instalación del ser humano en la realidad debe apelar a un lenguaje hablante y no repetir el lenguaje hablado.

Si la filosofía ha ido a contracorriente de la expresividad del lenguaje, si en vez de valerse de su plena potencia lo ha achatado, entonces debe tomar las lecciones de la literatura que tan bien supo apreciar Merleau-Ponty. Desde este punto de vista, si la filosofía deja que el lenguaje viva a través de ella, si se asume propiamente como experiencia de escritura, se volverá expresión y comunicará entonces el sentido originario de la percepción. Paradójicamente, pareciera que la propuesta de Merleau-Ponty intenta así, de alguna manera, *literaturizar* a la filosofía para darle el debido poder de profundidad que la literatura es capaz de alcanzar. De este modo, se trataría de dar a la filosofía lo propiamente filosófico de la literatura: la expresividad del lenguaje como proyector de la génesis de la expresión corporal misma.

La experiencia de escribir adquiere, por lo tanto, la importancia de ser portadora de un sentido que interesa tanto a la filosofía como a la literatura, y, en general, a todas las artes, pues, como aduce Merleau-Ponty: “el arte y la filosofía juntos son justamente, no fabricaciones arbitrarias en el universo de lo ‘espiritual’ (de la ‘cultura’), sino contacto con el Ser justamente en tanto creaciones”.²⁸ Y esto es así puesto que “el Ser es lo que exige de nosotros creación para que tengamos la experiencia de él”.²⁹ En este sentido, la literatura es “inscripción del Ser”³⁰, y es a ello a lo que debe apuntar también la filosofía.

²⁵ *Ídem.*

²⁶ Merleau-Ponty, M. (2006), p. 14.

²⁷ “La novela y la metafísica”, en Merleau-Ponty, M. (2000), p. 60.

²⁸ “Filosofía y literatura”, en “Notas de trabajo”, en Merleau-Ponty, M. (2010), p. 176.

²⁹ *Ídem.*

³⁰ *Ídem.*

En conclusión, y como ha podido observarse en lo desarrollado a lo largo de las líneas anteriores, Merleau-Ponty interroga a la literatura a través del prisma de la experiencia de la escritura y la relación entre experiencia y escritura. Así, la literatura es comprendida como una empresa intelectual y existencial, como el laboratorio de una puesta en cuestión permanente del lenguaje y de los conceptos que marcan un horizonte de cultura.³¹ Esta característica experimental es precisamente la enseñanza que debe tomar la filosofía, es decir, seguir el camino creativo del lenguaje y no el de la aprehensión posesiva de la realidad que limita el lenguaje y lo saca de la vida.

En la medida en que la filosofía logre, al igual que la literatura, hacer “existir la significación como una cosa en el mismo corazón del texto”³², entonces será capaz de “abrir un nuevo campo o una nueva dimensión a nuestra experiencia”.³³ En el fondo, de lo que se trata es de que la filosofía vuelva al origen, que se instale en la dimensión genética del sentido, que vuelva a la percepción y al acto de desentrañar continuamente la verdad que se ofrece a nosotros en el mundo de la vida, pues, como ya lo dijo Merleau-Ponty: “la filosofía no es el reflejo de una verdad previa, sino, como el arte, la realización de una verdad”.³⁴

Respecto a lo señalado recientemente, y ya para finalizar, considero que el rescate de la literatura que realiza Merleau-Ponty, al situarla en el ámbito de las problemáticas filosóficas como lo son el origen del sentido y la génesis de la expresión, nos permite replantear la tarea de la filosofía y mirarla desde más cerca, ya no con los ojos del científico, sino

con los ojos del ser humano que vive y reflexiona sobre su vida. Así pues, la filosofía, tal como la literatura, se nos presenta ahora como una tarea inagotable, como un diálogo infinito, lo cual necesariamente se corresponde con la inagotabilidad característica del mundo de la percepción, del mundo de la vida, del mundo que habitamos y que nos habita.

Bibliografía

- Merleau-Ponty, M. (1964). *Signos*. Barcelona: Seix Barral.
- (1969). *Filosofía y lenguaje*. Buenos Aires: Proteo.
- (1971). *La prosa del mundo*. Madrid: Taurus.
- (1993). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires: Planeta-De Agostini.
- (2000). *Sentido y sinsentido*. Barcelona: Península.
- (2006). *Elogio de la filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2010). *Lo visible y lo invisible*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2013). *Recherches sur l'usage littéraire du langage*. Genève: MetisPresses.

³¹ Cf. Benedetta Zacarello, “Pour une littérature(-)pensée”, en Merleau-Ponty, M. (2013), p. 12.

³² Merleau-Ponty, M. (1993), p. 199.

³³ *Ídem*.

³⁴ *Ibíd.*, p. 20.